

Capítulo 11 - Luces pálidas

“¿El cerdo?”

“Cuatro monedas de cobre la libra,” respondió Abrascal mientras se acomodaba en el banco.

La punta de la pluma de caña de Song rozó el papel, añadiendo el precio más reciente a la lista. La carne de ave parecía marginalmente menos cara que la de cerdo, pero los costos eran más o menos iguales en general. Frunciendo el ceño mientras miraba su trabajo, un conjunto ordenado de nombres, productos y precios, la Tianxi empezó a unir las piezas.

“Tendremos que depender del pescado,” dijo finalmente. “Y del arroz.”

Le sorprendió lo barato que eran los sacos de arroz en Tolomontera. Aunque no era un cultivo poco común en la Vieja Liernan, no era un alimento básico como en Tianxia y el Someshwar.

“Maryam se va a enfadar,” resopló Abrascal. “¿Viste la cara que puso cuando pedí ojo de pez esta mañana?”

Song se tomó un momento para traducir lo de Antigua — ‘ojo de pez’, más o menos — y relacionó ese significado con el plato de pescado y huevos que Angharad y el Sacromontano habían tomado para el desayuno.

“Tendrá que acostumbrarse,” dijo Song. “Es la carne más barata con diferencia.”

“Bueno, no vivimos en Farm Allazei,” replicó Abrascal con tono burlón.

Song no puso los ojos en blanco ante ese humor pobre, aunque estuvo cerca. Los intentos continuos del ladrón de ser encantador, al menos, permanecían sin testigos: estaban solos en la sala de almuerzos.

El Albergue Rainsparrow no tenía terraza ni jardín, siendo una instauración inferior en todos los aspectos comparada con las Bóvedas Esmeralda. La comida se servía en un salón modesto — cortinas y tapices colgaban de las paredes — con mesas largas, más parecido a una cantina que a un establecimiento formal. No había sirvientes encargados del catering, los huéspedes debían ordenar en un mostrador al fondo y elegir su propia mesa para comer.

Tras dejar una nota en la entrada para que Angharad y Maryam fueran avisadas cuando llegaran, las dos se acomodaron en una esquina y comenzaron a hacer cuentas de su estancia en Tolomontera. La mayor parte consistía en que Abrascal salía a buscar precios en las tiendas, mientras Song se sentaba a tomar notas, preparando comidas decentes mientras permanecía allí para que alguien estuviera si llegaban otros.

Estaba tomando su segunda taza de agua, pero Abrascal tan a menudo se levantaba, que su primera taza aún permanecía a medio llenar. Tras poner la caña de batido a un lado, Song levantó la vista hacia la expresión fruncida del hombre de cabello oscuros. Parecía que, al igual que ella, podía notar que algo no andaba bien.

“¿Sospechoso, no es así?”

Asintió severamente.

“Esos precios son demasiado bajos,” afirmó. “De ninguna manera esas tiendas están teniendo ganancias.”

Al alcanzar su taza, la bebió distraídamente y la dejó en la mesa.

“En la Ciudad, si aprovechaba las sobras y planificaba bien, podía vivir con unas cinco monedas de cobre diarias en comida,” dijo Abrascal. “Ahora, seamos conservadores y doblémoslo—”

“Más que eso,” interrumpió Song. “Haremos ejercicio físico intenso y trabajaremos muchas horas, ambas actividades requieren buenas comidas para compensar. Una porción de carne, una de arroz y otra tercera.”

Él silbó, como si estuviera impresionado. Eso le valió un poco de lástima, a pesar de sí misma. La familia de Song había sido más influyente que rica antes de la Oscuridad — generaciones sirviendo y ganando respeto en los niveles altos de la burocracia, aunque sin dejar caer ni un solo céntimo, salvo que fueras corrupto—, pero incluso en los primeros días de su exilio, habían logrado proporcionar al menos eso en comida a su gente.

— Aproximadamente seis cobres por persona por cada comida — afirmó Abrascal — si reducimos a pescado y sopa.

— Eso suena correcto, sí — dijo Song.

Se hizo una mueca.

— La misma comida que describes costaría entre nueve y doce radices en Sacromonte — explicó el ladrón — y no hay manera de que la comida en esta isla desierta sea más barata, incluso si hay alguna colonia oculta por ahí.

Y ella debía estar de acuerdo de nuevo. Los precios por libra estaban cerca del monto que un comprador podría obtener al adquirir un gran volumen de una sola vez, o quizás comprándolo directamente en la granja. A menos que la carne y las verduras sean literalmente muy baratas, las tiendas no podrían estar ganando dinero con la venta. Lo que significaba que la ganancia no era el motivo de tener esas tiendas allí.

Un pensamiento inquietante.

— Al menos de nuestra parte, los costos parecen razonables — dijo Song. — A doce radices por cabeza diaria, en un mes el precio sería —

Treinta y cuatro cobres radices por un arbol de plata, tres árboles por una rama dorada. Eso sería — trescientos treinta y seis cobres a la semana, mil trescientos cuarenta y cuatro al mes. Un poco menos de treinta y siete puntas y media de plata, lo cual...

— — alrededor de doce ramas y un árbol cada mes — concluyó ella — no sería una coincidencia que esa cantidad sea la mitad de los veinticinco zeros que recibe nuestro escuadrón mensualmente.

Abrascal parpadeó sorprendido.

— ¿Cuándo tuviste tiempo de calcular eso?

El ceño de Song se frunció.

— ¿Acaso no me estás escuchando? — dijo ella.

— ¿Lo hiciste tú — empezó, mirando su lista en busca de algo antes de sacudir la cabeza — No importa — y se quedó en silencio.

El ladrón aclaró su garganta.

— Todavía no tenemos los precios de los suministros, pero supongo que no importa si aún no estamos seguros de qué necesitamos exactamente — explicó.

— Creo prudente suponer otros siete zeros y dos puntos — dijo Song — entre tinta, papel, ropa y pólvora negra, el coste podría ser bastante elevado.

Y eso dejaba los costos en un orden de veinte ramas de veinte y cinco, una cifra redonda que satisface la mente.

— Eso son cinco zeros sueltos — afirmó Abrascal — engendra una rama por cada fondos privados, luego guarda la última para un eventual imprevisto, y aún así es una cantidad generosa que la Guardia nos ofrece.

— Siempre y cuando los precios permanezcan constantes — advirtió Song — si suben...

Eso afectaría todo lo demás, y peor aún.

— Esa es la parte que me preocupa — admitió Abrascal — los precios actuales podrían arruinar el negocio, pero las tiendas no parecen ser propiedad de la Guardia. ¿Por qué los dueños vaciarían sus bolsillos por nosotros? Huele a complicidad, pero no logro entender el motivo.

— El motivo podría ser proporcionarnos alimentos a un precio accesible — dijo Song.

— Entonces, ¿por qué involucrar a los comerciantes? — preguntó él — ¿Por qué no dejar que algún intendente de la Guardia maneje toda esa labor?

Eso, admitió Song, era una pregunta razonable. Parecía innecesariamente complicado, algo que la Guardia normalmente evitaba con suficiencia. Tristan golpeó los dedos contra la mesa.

— Anoche, los cocineros y sirvientes en aquella elegante velada no eran parte de la Guardia — afirmó — eran comerciantes, aquí por su cuenta.

Song asintió.

— Lo mismo ocurre en la Avenida Regnante — dijo — vi a un guardia comprar en una carnicería cuando exploraba las calles y pagó como cualquier otro.

El hombre frunció el ceño.

— Está bien, entonces la jugada obvia es permitir que las tiendas suban los precios para que todos suframos la misma presión —dijo Abrascal—. Solo que no veo el sentido.

— ¿Quieres decir que los precios sean más altos desde el principio? —preguntó Song.

Ella asintió.

— Los planningos descuidados podrían encontrarse sin fondos —sugirió—.

— ¿Alguno de los ineptos lograría pasar en Scholomance? —preguntó él.

De nuevo, un punto válido. Song aún no había evaluado las habilidades de sus compañeros capitanes, pero sería un error asumir incompetencia.

— En cualquier juego —continuó—, debemos abastecernos de alimentos que duren.

Era un paso en la dirección correcta, pero no suficiente.

— Necesitamos aprender a pescar —dijo Song—, o encontrar un lugar donde podamos cazar. Quizás esa sea la razón por la que nos dejan dos días a la semana.

El Sacromontano asintió con aprobación.

— Bueno, tenemos un huerto —dijo—. Buena tierra negra, aunque no soy experto en jardinería. Podríamos comprar semillas y plantarlas para no depender tanto de los mercaderes verdes.

Eso era inteligente. Ella asintió.

— Hierbas y vegetales —meditó Song—. Tal vez un árbol frutal sería demasiado lento para ser útil.

— Los arbustos de bayas crecen rápidamente —discrepó él—, pero mejor quedarnos con los vegetales, sí. Creo que vi una bolsa con semillas de zanahoria en una de las tiendas.

La Tianxi bajó la vista a sus papeles, pensando en una lista nueva de semillas, pero encontró que casi no le quedaba espacio. Debería haber llevado más papel. Era una lástima que solo pudiera llevar una cantidad limitada en su uniforme de Vigilante. Antes de comenzar a debatir si salir a buscar más, un movimiento en la entrada del comedor llamó su atención. Como estaban atrasados para la comida matutina y demasiado pronto para la vespertina, tenía una idea de quién podría ser.

Como esperaba, era Maryam y Angharad.

La primera llevaba un manto con capucha que Song había tenido que averiguar discretamente de quién había sido robado, por su bordado azul y amarillo bastante distintivo; mientras que la segunda tenía una nueva espada en la cadera. Mucho mejor trabajo que la que ella usaba desde el Dominio, aunque esa no era lo que llamó su atención: ambas portaban un par de mosquetes cuya marca no reconocía.

Song pudo ver en gran detalle, siempre que pudiera ver, lo cual era una consecuencia de la naturaleza de su contrato —aunque sus experimentos demostraron que la guía de su capacidad era conceptual en lugar de física, por lo que ‘visión’ no era del todo correcto—, y el aspecto de esos mosquetes no parecía artesanal. Eran construcciones de taller. Interesante, considerando que su cañón era demasiado largo para un mosquete típico. ¿Eran similares a sus Zhangshou, diseñados para francotiradores?

Maryam colocó los dos rifles que llevaba sobre la mesa y se sentó junto a Tristan, robándole sin siquiera saludar su vaso de agua. Él dejó pasar eso sin comentario, con una expresión divertida, y en un suspiro Angharad colocó los otros dos mosquetes en el montón antes de unirse a la mesa de Song.

Ahora no era momento de preguntar sobre ellos, pero sin duda lo haría pronto.

— Había mensajes en la mesa —le dijo Angharad—. De nuestros convenios, a menos que me equivoque profundamente. Tomé la libertad de traer el tuyo.

Ella entregó a Song un papel doblado sellado con cera, con los tornillos y la mano de la Academia claramente visibles.

—Gracias—dijo ella, y lo rompió para abrirlo.

El contenido era breve y directo, casi brusco. Una hora y un lugar —las tres de la tarde, en el viejo teatro— además de un código de vestimenta. Debía acudir con su uniforme habitual y armada. Song se volvió, levantando una ceja en señal de interrogación hacia Angharad.

—Maryam y yo también recibimos uno—dijo la Pereduri.

—Las lecciones de Akelarre serán en la abadía del capítulo, como era de esperar—aportó Maryam.

—No sé dónde tendrá lugar el entrenamiento para los Skiritai—dijo Angharad—pero nos convocan en las puertas principales de Scholomance. Totalmente armados.

—El viejo teatro para nosotros, armados también—ofreció Song, y luego lanzó una mirada a Abrascal.

—No he recibido convocatoria—dijo él—¿a menos que Maryam tenga la mía?

Ella negó con la mano. El ladrón resopló.

—Supongo que habría sido demasiado fácil para la Krypteia decirme directamente qué quiere—dijo Abrascal—Tendré que buscar mi propio camino sin la convocatoria, creo.

Song asintió lentamente.

—Podría preguntar a otros capitanes al respecto, si no logras seguir ninguna pista—ofreció.

Él inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Bien. Había sido una preocupación pensar que sería demasiado orgulloso para aceptarlo. La atención de Song volvió a la asamblea en general.

—Hemos revisado nuestros fondos y diferentes precios—dijo—Y mientras tanto, se envió un mensaje al Capitán Wen acerca de nuestras elecciones de asignaturas optativas.

Una pausa.

—Ahora debemos decidir qué comprar y cómo dividir el trabajo de obtener todo antes de regresar a la cabaña—dijo, mirando a los otros tres.

Ya había habido una baja: Angharad había mostrado preliminarmente aburrimiento por el asunto. Fingía atención, pero no muy bien. Y aunque Maryam parecía estar atenta por ahora, Song sospechaba que la mayoría del interés se reduciría cuando se estableciera de qué estaban hechas sus finanzas privadas. La Triglau mantenía silencio respecto a sus orígenes, pero Song había notado en ella una tendencia a esperar ser provista, lo más habitual para quienes nacían en medios acomodados.

Era bastante molesto que la única otra persona en la mesa con cierta capacidad financiera fuera una delincuente declarada. Bueno, quizás Song pudiera añadir algo para mantener la atención de los malhechores.

—Y después, discutiremos el robo de esta tarde—dijo Song con total naturalidad.

Y mira qué suerte, ahora tenían toda su atención y todo había sido cuestión de un delito.

—

El capucho cumplió su función.

Maryam se mostraba desconfiada al andar con él bajado, pero aún así atraía menos miradas que su piel. La sospecha no era tan rara en un lugar como Tolomontera, y ella lo encontraba reconfortante. Su tiempo en el Dominion le había hecho olvidar el peso invisible que la

acompañaba siempre —aunque a veces le lanzaban miradas, estaban demasiado cansados o preocupados para cuestionar su palidez. Pero aquí, en Tolomontera, donde patrullaban las capas negras y los estudiantes paseaban, apenas podía doblar una esquina sin que alguien husmease o la fulminara con la mirada.

O incluso la escrutara con la mirada.

La tienda de armas en la fachada del taller, llamada Brillante, si el cartel colgado sobre la puerta era lo que parecía, era dirigida por una mujer mayor con apariencia Lierganen, de cabello canoso y corpulenta. Tristan negoció con ella en Antigua tan rápido y con tanta jerga que ella apenas pudo seguirla, aunque parecía referirse al precio de un par de sartenes de hierro, lo que llevaba a la calle a la Trecena y sus muertos por la peste, o a la vieja mujer siendo divorciada por su esposa mientras sus nietos eran vendidos como esclavos para pagar deudas de juego.

Para cuando Tristan pagó, ambos parecían satisfechos, y la anciana arrojó una cucharita de lata para incentivarlos a volver. Maryam permaneció profundamente insegura acerca de si los habían estafado o no.

“El viejo canalla del Petstik te engañará con cualquier cosa que tenga hierro”, les advirtió la anciana. “Izcalli no puede trabajar nada más que metales nobles apropiadamente, todos lo saben”.

“Seguiré tu consejo, tía”, le aseguró Tristan.

ella soltó un suspiro y levantó los ojos con exasperación.

“Fuera, molestia”, le dijo, ahuyentándolo. “Necesitaré engañar a al menos dos necios para compensar tu aprovechamiento de mí”.

Maryam le siguió, claramente divertida, mientras él guardaba las cazuelas en la bolsa. Song les dejó una lista escrita en su elegante letra entrelazada y, para cuando Tristan levantó la vista, ella ya había encontrado los siguientes artículos.

“Necesitamos cuchillos”, le indicó. “Al menos dos. ¿Deberíamos volver?”

Él negó con la cabeza.

“Vamos a ver al viejo canalla del Petstik”, reflexionó Tristan. “Quizá nos cobre un precio si escucha lo que las damas finas de la Brillante dicen de él”.

“Parece que disfrutas esto”, comentó ella.

“Nunca gasté tanto dinero en un solo día”, admitió. “Parece un sueño febril”.

Maryam tarareó. Ella tampoco, pero por eso, porque casi nunca tenía que pagar nada. Su padre la alimentaba y vestía de niña, a veces le compraba pequeños adornos, y los bandos de guerra de su madre compartían todo. No había dinero de sobra, o a veces ni un centavo.

“Lo mejor es no acostumbrarse”, dijo ella. “Entre la ropa, los suministros y las armas, probablemente terminaremos con poca plata para fin de mes”.

El rostro del hombre de cabello oscuro se tensó. Sabía que no le importaba mucho la mayoría de sus pertenencias, pero la pérdida del pistón de Yong le había dolido. Probablemente empezaría a buscar dónde la Novena habría escondido sus posesiones, lo cual le deseó suerte. Maryam había aprendido a viajar ligero y a mantener siempre lo que no podía permitirse perder, pero le gustaban sus ropas. Eran cómodas y ajustadas a su figura. La pareja salió de la Avenida Regnant y atravesó un callejón, dirigiéndose al norte, hacia donde habían visto la herrería anteriormente.

“Le saqué unos cuantos monedas a los del Cuarenta y Nueve”, dijo Tristan distraídamente. “Si necesitas algo que no pase desapercibido para Song, dímelo”.

Ella lo miró con atención.

“¿Me estás diciendo”, preguntó Maryam, “que vamos a robarles a estos pobres dos veces?”

Se alegró al escuchar el plan, aún más por la manera en que claramente incomodaba a Tredegar.

“Solo se necesitan unos pocos marcos”, respondió Tristan con facilidad. “Podemos llamarlo reparación por intentar emboscarme, si te parece”.

Ella soltó una risita.

“Lo mencionaré si surge una necesidad apremiante”, dijo Maryam. “Pero me parece divertido que tú y Tredegar sean los que tienen dinero de sobra, de los cuatro”.

Él levantó una ceja en señal de interrogación.

“Su tía le dio un faltriquera de oro, junto con la espada y los rifles”, explicó ella.

Y en ese instante, sus pasos se detuvieron brevemente.

Maryam nunca había escuchado esa situación expresada con tanta claridad antes. No le había caído del todo en su significado: cómo los demás hacían lo posible por arreglárselas con lo que podían robar o conseguir a trompicones, mientras Angharad Tredegar recibía tesoros y montones de oro sin mover un dedo por ello, simplemente por quién era.

Y Maryam apenas lo había notado, porque Malani parecía triste.

"¿Maryam?"

Ella bajó la vista hacia sus manos, descubriendo que sus dedos estaban apretados en puños. Ella había sido engañada. Maryam sabía que no debía confiar demasiado, y aún así había caído en la trampa. Así eran de insidiosos. Una mano en su brazo la sacó de su enojo para encontrar a Tristan frunciendo el ceño.

"¿Qué ha ocurrido?"

"Se volvió frágil al mirar su nuevo sable costoso, quejándose de que el viejo era un regalo de su padre," mordió Maryam. "Y como una tonta, lo compré."

Tredegar había estado literalmente guardando oro en sus bolsillos mientras sucedía, y aún así, ella había caído en la trampa. La vergüenza ardía dentro de ella, tanto que casi quería alejarse —solo que no sabía hacia dónde irían. La pareja se encontraba junto a una casa condenada, cuya puerta estaba tapiada con ladrillos, pero las escaleras de enfrente seguían en pie, y Maryam no había prestado mucha atención a su camino.

"Su familia fue asesinada hace apenas unos meses," dijo él. "No creo que sea fingido su dolor."

"Así que todos tenemos que fingir que ella no hace mal," replicó con dureza, "porque está de duelo, es educada y tiene buenas intenciones?"

"Las buenas intenciones no valen de nada," dijo Tristan. "Hasta la más amable se alimenta de sangre, Maryam. Tredegar es una experta espadachina, pero solo tuvo la oportunidad de serlo porque su familia exprimió la sangre de otros cien hogares."

Él se encogió de hombros.

"Quizá haya talentos superiores a los suyos arando los campos de Llanw Hall, limpiando su cocina o lavando sus sábanas. El mundo nunca lo sabrá, porque ella nació con el apellido correcto y otros no."

"Pero te gusta," acusó Maryam.

"He perdonado peores cosas en personas que necesitaba menos," respondió Tristan con franqueza. "No olvidaré lo que ella es, pero ¿qué ganancia hay en atacarla por ello? Eso no devolverá su nombre ni la hará volver al vientre de su madre."

Ella pensó que parecía a mi padre. No era un cumplido. Puede que su madre estuviera medio loca de ira y sangre al final, pero había tenido razón en todo. Que no la hubieran escuchado es la razón por la que Volcesta ahora se llama Ifanje en los mapas y la bandera con cuerno de carnero de Malan ondea sobre su casa de la infancia.

"Así es como se salen con la suya, Tristan," dijo con dureza. "Se te acercan siendo encantadoras y generosas, hasta que ponen un pie en tu puerta y empiezan a apretarte. Preguntan cosas pequeñas, y tú siempre hablas con un hombre razonable —es otra Malani que quiere subir aranceles, que asaltó esa villa o tomó esa mina. Solo tienes que encontrarlos a mitad camino, y ¿acaso no vale la paz dorada una pequeñez?"

Ella se inclinó.

"Entonces das un paso atrás, ellos dan uno adelante, y antes de que te des cuenta ya están en tu casa," dijo Maryam. "Comiendo tu comida, bebiendo tu vino, hasta que también eso desaparece y

llaman a esa su casa."

Sus ojos grises la miraron, y ella ya sabía cómo terminaría. Su madre les había dicho cómo acabaría: esa manada de reyes que se habían llenado de grasa con baratijas y comercio, y que se habían vuelto contra ella por eso. Vranasestra, la llamaron. Hermana cuervo, boca de malos presagios. Tristan era más astuto que ellos, pero—

"Está bien," dijo él. "Si estás segura, la matamos."

Maryam parpadeó, observando su rostro en busca de alguna mentira.

"Tendrá que ser con veneno," continuó Tristan. "Algo de acción lenta, administrado durante varios días —tal vez culpemos a la cabaña por ello, o plantemos algo con aspecto siniestro en su cuarto y aleguemos que fue una maldición oculta."

Ella se lamió los labios.

—¿Hablas en serio? —dijo Maryam.

Él se encogió de hombros.

—Aún no has errado en confiar en mí —dijo Tristan—. Si crees sinceramente que ella debe partir, ella partirá.

Maryam tragó saliva. O él decía cada palabra con verdad, o era un mentiroso mucho mejor de lo que había pensado. Se permitió un instante para reflexionar: una vez que Tredegar desapareciera, tendrían que reclutar a un cuarto miembro, pero eso no debería ser imposible. Ojos vidriosos, extremidades rígidas. En el peor de los casos, podrían tomar a alguien de un equipo de reserva como ayuda provisional hasta encontrar a alguien más adecuado. La cara de Tredegar, ya demacrada y febril, se veía aún más delgada y pálida. Resultaría más sencillo hacer las paces con la Novena y... Maryam se mordió el labio y maldijo, apartando la vista.

Por mucho que quisiera centrarse únicamente en las consecuencias, en los resultados, esa no era la dirección en la que su mente seguía llevándola. Sería un asesinato matar a Tredegar ahora. Simplemente, un asesinato. No había forma de evitarlo.

Sintiendo que se perdía, Maryam reculó tambaleándose. Se sostuvo antes de que la mano de Tristan pudiera agarrarla por el codo, bajándola suavemente para que se sentara en el filo de las escaleras. Sus extremidades temblaban, la debilidad la acechaba. Él se acomodó a su lado, cerca pero sin tocarla, y no pronunció palabra alguna. Su voz temblaba tanto como sus dedos cuando logró salir, como si perteneciera a otra mujer.

—Me buscaron, lo sabes —dijo—. Toda una compañía. Perros y hombres que me persiguieron durante medio mes por los humedales.

Sus uñas se hundían en su palma.

—Me habrían atrapado si no me hubiera topado con el capitán Totec —agregó—. Estaban tan cerca, solo unas horas tras de mí. Si la lluvia no hubiera inundado el paso y obligado a que bajara hacia el sur, si no hubiera usado el Poder donde los negros en capucha pudieran verme, habría sido...

Ella tragó saliva.

—No lo sé —susurró—. Morir o ser esclava. Solo estoy aquí porque tuve suerte, Tristan.

Pasó una mano por su cabello, nerviosa.

—¿Cómo puedes perdonarlo? —preguntó en voz baja—. Acercarte tanto y no olvidar.

—No puedes.

La encontró mirando al frente, con la vista fija en el camino. El ladrón vaciló.

—Tras la muerte de mi madre —dijo Tristan—, tuve que huir. Una peña me perseguía. Solo matones, en realidad, pero tenían control del barrio y el propietario andaba a su lado. Pero conocían bien las calles, cada escondite. Me hallaron dos veces en el primer día y tuve que correr toda la noche, sin dormir ni un momento.

Sonrió con amargura.

—Entonces encontré un desván en una casa abandonada detrás de un curtidor —relató Tristan—. Lugar perfecto: solo se podía llegar desde el tejado del curtidor y el olor impidió que nadie se acercara. Hasta que, al arrastrarme allí, descubrí que ya había alguien dentro.

Maryam observó, vio cómo su rostro se tensaba.

—Un muchacho, durmiendo profundamente —dijo—. Solo un año o dos mayor que yo, pero más fuerte. Me habría vencido si hubiéramos peleado.

—Quizá no llegamos a eso —susurró ella.

—No —asintió Tristan suavemente—. Debió estar huyendo también, para terminar allí. Quizá pudimos habernos ayudado mutuamente, compartir ese lugar. Había suficiente espacio.

Hizo una pausa.

—O tal vez me habría entregado a la peña por unas pocas monedas.

Se mordió el labio, imaginándose en sus zapatos. A punto de colapsar, solo y lleno de miedo. Sabía cómo termina esa historia.

“No podía correr ese riesgo, Maryam”, dijo Tristan. “Así que aflojé una de las tejas del tejado y la golpeé hasta dejarla sin vida con ella.”

El hombre de ojos grises seguía mirando hacia adelante.

“No murió con el primer golpe”, explicó Tristan, “y nada fue limpio en lo que vino después. Dormí, Maryam, con su cadáver a solo tres pies de mí y sangre debajo de mis uñas.”

“¿Y te arrepientes?” preguntó ella.

“No estoy seguro”, admitió él. “Estaba acorralado, así que luché. No hay pecado en eso. El niño que fui tomó la única decisión que pudo.”

Su mirada se sostuvo en la suya, manteniéndola fija.

“Pero ya no soy ese niño”, dijo Tristan. “Estoy seguro de eso, Maryam, para que algún día tenga una opción mejor que confiar o usar la teja.”

Y ella sintió ganas de estallar, por lo que quedó implícito en la historia, pero cada vez que deseaba alzar la mano o la voz contra él, una verdad simple la detenía: si él se lo pidiera, Tristan mataría a Angharad Tredegar. Sin duda, sin preguntas, sin duda alguna. Él simplemente lo haría, probablemente ya considerando cómo lograrlo.

Maryam no sabía cómo enfrentarse a eso.

“No confío en ella”, dijo con duda. “No puedo. Ella... no ve nada malo en lo que hacen, las Malani. Realmente no. Le disgustan las partes feas, pero no le importa el resto.”

“Entonces, no confíes en ella”, encogió hombros Tristan.

Ella apartó la vista.

“Song me pidió que congeniáramos con ella”.

“Supongo que ella preferiría menos punzadas”, observó él.

“Así que solo debo dejar que todo pase”, replicó Maryam amargamente.

Él tarareó, como si meditara sobre sus palabras.

“Sabes, no actúas como si fueras su igual”, dijo finalmente Tristan.

Sus ojos azules se tornaron en una expresión de advertencia.

"Cuidado ahora."

“No”, afirmó él. “No lo eres. No la estás enfrentando de verdad. Cuando ella te pisa, tú le pinchas, pero eso es... ¿resignación? No es pelea, es ceder el terreno. Si la llamaras grosera, la enfrentases como igual, quizás ella se doblegaría. Pero tú no lo haces. Sus punzadas son graciosas, seguro, y probablemente alivian un antojo. Pero no mueven la aguja.”

“No es mi responsabilidad enseñarle a Angharad Tredegar sus errores”, dijo Maryam sin rodeos.

“No me importa si tú lo haces”, replicó Tristan. “Me importa que actúes como si no hubiera manera de ganar una discusión con ella. Como si yo, Manes, incluso Song, estuviera de su lado solo porque es cortés y buena pincha a la gente. Tú no eres menor que ella, Maryam. Puedes decirle que se vaya al diablo sin tener que esconderlo.”

“Tú no”, afirmó ella.

“A mí no me importan lo suficiente sus opiniones como para ofenderme por ellas”, respondió él sinceramente.

Eso le arrancó una risa. Se sentaron en silencio y Maryam cerró los ojos, dejando que la tensión se escurriera. Después de un momento, se inclinó a un lado, apoyando la cabeza en su hombro. Él se tensó, por un instante, luego relajó y hasta le puso un brazo alrededor.

“Siento que quiero dormir una siesta”, murmuró, “y apenas hemos empezado el día.”

“Pero sé qué te alegrará”, dijo Tristan.

“¿Qué es eso?”

“Song cometió el error de dejarnos a cargo de comprar la ropa de cama, así que podemos escoger las sábanas más feas de la tienda y después verla forzar una sonrisa y agradecer educadamente por ellas.”

Tenía razón, reflexionó Maryam. Eso sí le animó.

--

Esa mañana, Song había tomado veinte minutos de intenso interrogatorio para quedar satisfecha, y en honor a Abrascal, no pareció molesta por las preguntas.

Primero, reunió los materiales necesarios: una esponja, polvo y un paño de amarre. Resultó ser nueve coppers en total. Song se apretó con cuidado los pechos, permitió que Abrascal fingiera barba con la esponja y el polvo, y luego contó con la ayuda de Angharad para atar su cabello en un moño tipo Sanxing: sin cabello suelto a los lados. Después, llegaron los detalles.

¿Tenían un nombre?

Sí, el de Capitán Tengfei Pan.

¿Poseían alguna peste de brigada?

Sí, Tristan había capturado una la noche anterior de sus emboscadores.

Así, los elementos imprescindibles estaban en mano, quedando solo las preguntas. Song podía pasar por hombre si cuidaba su voz, pero ¿qué había de sus ojos? Su tono plateado era distintivo, y podía delatarla.

“Vimos la lista que usan cuando tomaste moneda de nuestro arca”, señaló el ladrón. “Incluye nombres, pero no descripciones.”

Cierto, pero el plateado de ellos seguía siendo reconocible, y ella había sido vista allí hoy mismo. La presencia de dos Tianxi con ojos plateados ese mismo día seguramente despertaría sospechas. ¿Cuántos de ellos podría haber en Tolomontera?

“Entonces, esperamos hasta la tarde”, dijo el ladrón. “Cuando la guardia de la mañana se haya ido, y aquellos que te vieron ya no estén presentes.”

Posible, admitió. ¿Y si la Cuadragésimo Novena Brigada acudía a retirar fondos mientras ella estaba allí? Aunque poco probable, no era imposible.

“Nosotros dejamos una emboscada en la calle”, propuso el ladrón. “Podemos disparar uno de esos rifles para dispersarlos.”

¿Y si volvían con aliados o refuerzos?

“De dentro deberías poder oír un disparo”, dijo el ladrón. “Si eso sucede, date prisa o retírate como creas conveniente.”

Y así continuaron planeando, hasta que Song agotó las peores posibilidades que su mente pudo imaginar y aún confió en la capacidad de la Brigada Trece para salir airosa de la situación si las cosas se torcían. Había sido... curiosamente satisfactorio, planear algo que en la práctica era claramente un delito. Tal vez no bajo las leyes de Tolomontera, pero ciertamente bajo las del mundo.

Con la espalda recta y casi sin duda, ‘Capitán Tengfei Pan’ entró en las bóvedas de la brigada, escoltado por los guardias.

Avanzando sin prisas por la antesala y hacia el salón principal, Song eligió aquella mesa frente a la que había visitado por última vez. Los empleados ya no eran los mismos, tampoco los guardias al frente, por lo que quizás no era necesario hacerlo. Sin embargo, lo hizo igualmente.

“Placa,” instruyó el joven aburrido de Liernan en la mesa.

Tenía una medialuna de pastel mordida en la esquina del escritorio y seguía espantando una mosca con un gesto distraído. Ella entregó el sello plateado que había sustraído a la Cuadragésimo Novena y lo recibió de vuelta tras un breve momento.

“¿Cuánto queda en la bóveda?” preguntó Song, elevando su voz con calma.

El funcionario sacó la lengua, hojeó su registro y soltó un pequeño gruñido al encontrar la línea buscada.

“Doce ramas, dos árboles y un radiz,” respondió.

Song mantuvo una expresión serena, con el pulso firme.

“Voy a retirar todo,” afirmó.

La oficial no respondió. Durante un breve momento, Song pensó que la habían descubierto, que su voz o sus ojos habían sido atrapados, pero no fue así.

Apenas un centímetro por encima del pastel en el escritorio del hombre, la mosca quedó atrapada como si el aire que la rodeaba se hubiera convertido en ámbar. La Tianxi inhaló con fuerza, el sonido fue ensordecedor en el silencio abrupto y opresivo de la habitación. Ella apartó su silla, se levantó y giró para contemplar un mundo en mutua quietud. Uno de los guardias ajustaba su cinturón, una oficinista detenía su acción para pasar el pulgar por la página que hojeaba.

—No—, maldijo Song—. ¿Ya?

Solo habían pasado cuatro meses; pensaba que tendría más tiempo antes de que... Su mandíbula se tensó al mirar alrededor. No había nadie en el gran salón salvo ella y los vigilantes congelados. ¿Necesitaba salir, atravesar las puertas y adentrarse en Tolomontera?

—Siempre extrañas lo que está justo frente a ti. Es el costo de alzar tanto la vista—.

La voz provenía junto a su escritorio. Y ahora podía olerla, el aroma a vino y ropas sucias.

—Tú—, susurró Song, dando un paso al lado.

Y allí estaba.

El dios yacía en el suelo, recargado contra la madera, bebiendo de una calabaza de vino de ciruela mientras su barda de peregrino descansaba sobre las piernas del oficinista congelado. Sus ropas rojas, descoloridas, estaban desordenadas, atadas solo de forma floja a la cintura, y estaba descalzo. Enfurecidamente, él llevaba sandalias, pero colgaban del cordel atado a la barda y Song nunca lo había visto usarlas. Sus ropas y barba estaban manchadas con vino y jugos de carne, su cabello enmarañado y descuidado. Luren, con una sonrisa amplia, tomó un largo sorbo de su calabaza y se limpió la boca con el dorso de la mano, satisfecho.

Él era su dios, el concedente de su contrato, y Song lo despreciaba en el fondo de su corazón.

—¿Lo conoces?—, preguntó Luren.

Sus puños se apretaron. Siempre hacía esa pregunta, y siempre sus palabras carecían de sentido.

—No—, respondió Song con dureza—. Porque eres un mentiroso disoluto que inventa historias en el momento.

—Las mentiras son mejores que la verdad—, dijo el dios—. La verdad es perezosa.

Ella apretó los dientes. Decir esto equivalía a insultar su propio contrato, pues había pedido... - Song se calmó un momento, afrontando la ira creciente- Lo dijo, lo sabía, para provocarla. Pero no caería en esa trampa esta vez. Song se había preparado, meditado sobre el asunto. Su mano permanecía sobre el cincel. La Tianxi se obligó a hacer una reverencia formal.

—Gracias por tu visita, maestro—.

Hubo un estruendo como un trueno y Song se sobresaltó, sus ojos levantándose para ver a Luren golpeando la palma contra el borde del escritorio.

—En el palacio del rey Cathay me llamaron—, dijo el dios—. Tenía grandes tesoros, pero no podía decidir cuál era el más grande, así que llamé en ayuda a este monje.

El rey Cathay no era más que un nombre sin valor; en los cuentos antiguos, se llamaba al rey legendario que gobernó antes que Cathay y le dio su nombre al reino. Pero no existió tal rey; esa figura era tan mentira como el resto de la historia.

—¿Qué podría saber un monje sobre tesoros?—, desafió Song.

Luren mostró claramente su complacencia.

—¿Qué sabrás tú de los monjes? —preguntó él.

Ella tenía una réplica en la punta de la lengua —Song había leído los seis volúmenes de El Camino de los Caminos solo para demostrar, sin margen de duda, que Luren era, en realidad, un monje terrible— pero la tragó. No podía permitirse que la arrastraran a eso. Al dios le encantaban los argumentos absurdos y circulares, y los arrastraría a ambos a un pozo de futilidad si ella se lo permitía. Song se inclinó en una reverencia.

—Le agradezco su perspicacia, maestro —mintió con rabia.

Esta vez estuvo preparada para que diera una palmada sobre la mesa cuando apartó la vista, reprimiendo el sobresalto ante el estruendoso golpe.

—El rey Cathay me entregó tres tesoros —le contó Luren—. El primero fue un jade purísimo y más brillante, más luminoso, que jamás haya existido ni existirá. No tuvo igual en el Cielo ni en la Tierra y era capaz de trastocar todas las naciones humanas.

El dios no pareció desaprobador tal agitación.

—El segundo fue una lanza de guerra forjada en acero mortal, que confería a su portador la victoria en todas las batallas y podía matar dioses como si fueran perros callejeros —dijo Luren—. Quien la

manejara, podía conquistar todo el mundo, como ya lo había hecho en su juventud antes de comenzar a causar problemas a los monjes.

Song se estremeció. En los viejos relatos, nunca se afirmaba que el rey Cathay hubiera conquistado toda Vespero. Ni siquiera era una buena mentira.

—El tercero era la propia esposa del rey Cathay, una amiga de su infancia que conocía su alma verdadera y lo amaba sinceramente a pesar de sus defectos y su corona. Ese afecto era auténtico y no podía comprarse ni influenciarse. Porque él no la merecía.

Si ella podía ver su verdadera alma, ¿cómo no sabría que el rey no la merecía? Los dedos de Song se apretaron con fuerza.

—El rey Cathay se sentó frente a este monje y sonrió de medio lado, pues en su corazón jugaba una treta. Para él, el mayor tesoro era la corona que llevaba en la frente, porque sin ella, dejaba de ser rey y no poseía nada en absoluto.

Song se permitió sentir un pequeño alivio. Pronto terminarían.

—Así que elegiste la corona —dijo, ayudando a cerrar la historia.

El dios se rió.

—Sepan esto —dijo Luren—. Este monje le dio una bofetada y dijo: “Aquí tengo ahora el mayor de los tesoros”.

Song se estremeció.

—Mentiroso —exclamó finalmente, incapaz de resistir—. Te habrían matado por eso.

—Y aquí estoy, así que estás equivocado —dijo el dios contento.

Tomó un trago de su jarra, pero comenzó a reírse ante el gesto que hizo justo a mitad del sorbo, y roció vino de ciruela por todas partes, manchando su barba, sus ropas, el suelo y...

—¿Puedes dejar de— —refunfuñó.

No. Mierda. Otra vez —respiro hondo, se alejó con las manos en la cabeza. Luchó por controlar la compulsión de golpear la pared. Siempre lo mismo. Cada vez lograba lo mismo. Todo parecía destinado a volverla loca de rabia: la despreocupación, la suciedad, las mentiras evidentes y las tonterías que enseñaba. Cada íota del dios le irritaba las sensibilidades. Regresó, más calmada, aunque no menos derrotada.

—Gracias por la lección, maestro —habló entre dientes, haciendo una reverencia de nuevo.

—No aprendes nada —desestimó Luren—. A pesar de mis múltiples intentos.

—Una vez me dijiste que talar árboles traería la iluminación —replicó ella con ira.

“Y noto que has parado,” dijo el dios, chasqueando la lengua con desaprobación.

Su dedo se apretó en determinación, pero no, él no la conquistaría dos veces.

“¿Qué deseas de mí?” preguntó Song.

“Lo que parece evidente,” dijo Luren, entrefrunciendo el ceño hacia ella. “Deberías empezar a azotar reyes.”

El dios ebrio la observó con una preocupación fingida.

“No eras así de lenta cuando eras niña, Song.”

No, ella había sido peor. Afortunadamente, derribar treinta y tres árboles con un hacha de mano sin filo, siguiendo las sabias instrucciones de Luren, la había curado de eso.

“Ya me has contado tu historia,” dijo ella. “Libérame de esta visita.”

Dislocación, ese era el término común, pero no era el que a Song le habían enseñado. Luren la había absorbido en él, para atormentarla una vez más.

“Libérate tú misma,” dijo el dios.

“No puedo,” respondió Song entre dientes apretados. “Ese poder está en tus manos.”

“Porque tú lo dejas ahí,” sonrió Luren.

Sus dedos se estremecieron, ansiosos por darle una bofetada en los ojos, y en ese preciso instante entendió. Esa era la esencia de su historia: el rey Cathay tenía la corona como su mayor tesoro, pero Luren le había dado una bofetada, y así poseía ‘una mano capaz de golpear a un rey’. El tesoro superior de los dos.

Así que Song le dio una bofetada al dios, quien la recibió con una carcajada estruendosa.

El mundo a su alrededor empezó a fracturarse, como cristales que se rompen en telarañas.

“Ve,” dijo Luren. “Todo estuvo en tus manos desde el principio.”

“Eres un mentiroso,” dijo Song.

“¡Oh, no!” sonrió el dios. “Soy demasiado perezoso para eso.”

El puño de Song se cerró, y antes de que pudiera responder —

“Necesitarás firmar para ello,” dijo la empleada de Lierganen. “Y volver a ver tu placa.”

Ella regresaba a su silla, liberada de la visita, mientras el vigilante fruncía el ceño ante su silencio. Song tomó una respiración temblorosa, dominándose lo suficiente como para ofrecer de nuevo el sello de plata. Y al ver su brillo a la luz, volvió a pensar.

La Cuadragésima Novena pronto sabría que les habían robado, pensó. Preguntarían a los vigilantes, y el protector se encargaba de que ellas recibieran respuestas.

Y dado que no había forma de ocultar el reflejo plateado en la mirada de Song, tampoco habría forma de esconder la verdad. La Brigada Cuadragésima Novena solo necesitaría preguntar por un Tianxi con esos ojos para saber quién había actuado en su contra. La confrontación era inevitable.

Y si lo inevitable se acercaba, ¿por qué afrontarlo con humildad?

“Perdón,” dijo Song. “He cambiado de parecer, no tomaré todo lo que tengo.”

Hizo una pausa.

“No pensé en agregar algo al almacén hasta ahora, ¿puedo añadir algo más?”

El empleado con capa negra levantó una ceja.

“Solo si no es más grande que una mano,” dijo.

“No lo es,” afirmó Song.

Accedió con cuidado cuando ella pidió prestado tinta y papel. Minutos después, Song Ren salió del edificio dejando en el almacén solo dos cosas:

La primera, una moneda de cobre.

La segunda, un trozo de papel doblado con un breve mensaje: puedes considerar retirada la oferta de tregua.

Revision #1

Created 21 May 2026 10:06:31 by Michael Brown

Updated 21 May 2026 10:06:35 by Michael Brown